

## Eclipse de Oro

Relato escrito y editado por Aarón Alcaide.

Lamento profundamente no haber entregado aquella flor que apreciabas tanto. Reconozco mi incapacidad para dar lo que requerías de mí, lo cual nos ha llevado hasta este punto de reflexión. La existencia humana se presenta como un fugaz parpadeo en el vasto lienzo del universo. Un día poseemos un exceso de riquezas y alegrías y, al siguiente, nos encontramos inmersos en un abismo de vacío y desolación. Este vacío, en el que nos sumergimos, parece no tener un fondo definitivo del cual podamos tomar impulso para ascender nuevamente.

Sigo cayendo, y cada vez el entorno se torna más sombrío. Los ecos del rencor resuenan en los rincones de este abismo, pero lo que capta mi atención con mayor intensidad es la voz de mi subconsciente, susurrándome los recuerdos de mis transgresiones, como si estuviera ajeno a las causas de mi declive. Soy consciente de los errores que me han llevado hasta aquí y cuento con la suficiente fortaleza interior para cargar con el peso del silencio como mi compañero eterno en el trayecto restante de mi corta vida. Ya no percibo el alma, pero me he vuelto inmune a su ausencia, pues ella ha cumplido su ciclo, habiendo experimentado cuanto le correspondía, y su despedida coincidió con aquella fatídica noche.

Logré comprender a la Luna; incluso llegué a interpretar sus susurros. Conscientemente, sabía el mensaje que pretendía

transmitirme, pero opté por desoírlo y continuar por el sendero de la ignorancia, el cual desvió inexorablemente mi curso hacia la muerte, una presencia que incesantemente me llamaba durante las negras noches de mi existencia.

Me pedí disculpas por torturarme, por traicionarme a mí mismo, por ser consciente del mal que causaba y, sobre todo, por no actuar en contra. Mi venganza la tomé contra el único mal que habitaba en mí: mi alma, que calentaba mi corazón y lo hacía latir, que alimentaba a las mariposas de mi estómago cuando ella estaba delante. Ya no habita nadie, ni late nada en mi interior.

Me sumerjo en un profundo lamento, disculpándome por infligir sufrimiento a mi propio ser, por traicionar la esencia de quien soy y por ser plenamente consciente de las consecuencias negativas de mis acciones y, aun así, permanecer pasivo ante ellas. La búsqueda de represalia la dirigí hacia el único aspecto dañino que residía en mí: mi alma, esa entidad que solía encender mi corazón y hacerlo palpititar con fervor, que nutría a las mariposas que danzaban en mi estómago cada vez que ella aparecía. Ahora, en mi interior, no habita nadie ni se percibe ningún latido.

Estoy vacío, en el ojo de la tormenta, en la boca del lobo, en medio del fervor de la batalla, en mi propio infierno personal. Siempre he escrito mis penas en compañía de un bolígrafo negro y una hoja blanca, pero reflejar lo lúgubre de mis pensamientos más internos me destruía. Recuerdo quemar mis pensamientos en lo alto de una montaña; las cenizas volaban con lo que pretendía que fueran mis

recuerdos. Confiaba en que desaparecieran, pero siempre volvían a mi cenicero.

Inhalé el denso humo que me envolvía, un veneno que al mismo tiempo me destruía y me seducía. Era un placer macabro, una danza con mi propio destino, un abrazo con el abismo. En medio de esta lucha constante, el futuro permanecía en un estado de espera, como un espectador impasible. El presente confiaba en mí, en que encontraría un camino a través de esta maraña de emociones, y mi pasado, ese yo anterior que creía que nunca llegaría a este punto, se equivocaba al subestimar mi capacidad de resistir el fuego del infierno.

Así, en el tumulto de mi propia existencia, sigo buscando respuestas en la tinta y el papel, en la reflexión profunda y en la exploración filosófica de los misterios de la vida. En este viaje interno intento encontrar un equilibrio entre las sombras y las luces, entre el caos y la serenidad, en busca de una verdad que, aunque esquiva, sigue siendo la brújula que guía mi camino en este intrigante laberinto, porque eso es lo que, para mí, es la vida: un laberinto encerrado en un callejón sin salida.

La vida, como el laberinto más enigmático, nos sumerge en una incesante búsqueda de significado y propósito. Sus pasadizos retorcidos y sus encrucijadas morales nos desafian a cada paso, invitándonos a explorar las profundidades de nuestra propia existencia. En este laberinto, la única escapatoria, paradójicamente, es el final de la vida misma, el umbral que atraviesa cada ser humano al término de su recorrido.

Esta perspectiva nos conduce a considerar que, en esencia, vivimos en un bucle existencial. A medida que avanzamos por los senderos de la vida, enfrentamos experiencias diversas, luchamos contra nuestros demonios internos y nos encontramos con otros viajeros en este laberinto compartido. Aunque cada uno de nosotros traza un camino único, todos convergemos hacia el mismo destino final, ese punto en el que nuestra existencia se desvanece en la oscuridad del olvido o se ilumina con el eco de nuestros legados.

Algunos serán recordados, mientras que otros se sumergirán en el anonimato eterno. Sin embargo, independientemente de nuestra notoriedad, todos compartimos la misma travesía hasta llegar al mismo punto inevitable. En última instancia, es en la aceptación de esta condición, en la reflexión sobre la naturaleza de nuestro efímero paso por este laberinto, donde encontramos el potencial para trascender las limitaciones de la existencia y descubrir el significado último de nuestra vida en el panorama de la eternidad. Todo llega a la nada, y nada sirve para nada. Confío en que haré resonar un eco en los corazones que más se lo merezcan.